

Liberación nacional y cultura

Es para nosotros una gran felicidad participar de esta ceremonia realizada en homenaje a nuestro compañero de lucha e hijo digno de Africa, el sentido doctor Eduardo Mondlane, antiguo presidente del FRELIMO, asesinado cobardemente por los colonialistas portugueses y sus aliados el día 3 de febrero de 1969 en Dar-es-Salaam, Tanzania.

Insistimos en felicitar a la universidad de Syracuse y en particular el programa de estudios sobre Africa Oriental, dirigido por el sabio profesor Marshall Segall, por su iniciativa. No sólo es una prueba de respeto y de la admiración que tienen ustedes por la personalidad inolvidable del doctor Mondlane, sino también por su solidaridad con la lucha heroica del pueblo de mozambique y de todos los pueblos de Africa, por la liberación nacional y el progreso.

Al aceptar su invitación —que consideramos dirigida a nuestro pueblo y a nuestros combatientes— queremos dar prueba, una vez más, de nuestra amistad militante y de nuestra solidaridad con respecto al pueblo de Mozambique y de su líder, el doctor Eduardo Mondlane, a quién estuvimos ligados fraternalmente en la lucha común contra el colonialismo portugués, particularmente retrógrado.

Nuestra amistad y solidaridad más sincera, aunque no siempre estuvimos de acuerdo con el camarada Mondlane, cuya muerte es una gran pérdida para nuestro pueblo.

Otros oradores tuvieron la suerte de hacer el retrato y alabar al doctor Mondlane. Nosostros solo queremos, sencillamente, afirmar una vez más nuestra admiración por la figura de africano, patriota y hombre de personalidad eminente. Asimismo, decir que su gran mérito no fue solamente su decisión de luchar por la liberación de su pueblo. Su mayor mérito fue saber integrarse a la realidad de su país, identificarse con su pueblo y entregarse a la lucha que dirigió con valentía, sabiduría y determinación.

Eduardó Chivambo Mondlane, hombre africano, oriundo de los medios rurales, hijo de campesinos y de un jefe tribal, niño educado por misioneros, alumno negro de las escuelas blancas del Mozambique colo-

ción, no se puede mantener mas que por la represión permanente y organización de la vida cultural del susodicho pueblo. No puede asegurarse una implantación definitiva, sino por la eliminación física de una parte significativa de la población dominada.

En efecto, tomar las armas para dominar un pueblo es, ante todo, tomar armas para destruir, o al menos neutralizar o paralizar su vida cultural. Porque siempre que exista una parte de este pueblo que pueda tener una vida cultural, la dominación extranjera no estará segura de su perpetuación. Dado que son factores internos y externos los que determinan la evolución de una sociedad en cuestión, la resistencia cultural (indestructible) podrá tomar nuevas formas de lucha (ya sean políticas, económicas o armadas) con objeto de contrarrestar ampliamente la dominación extranjera.

Para la dominación extranjera, imperialista, lo ideal podría estar en estas alternativas: liquidar prácticamente toda la población del país dominado, eliminar así las posibilidades de una resistencia cultural, o bien, lograr imponerse sin perjudicar la cultura del pueblo dominado; esto es armonizar la dominación económica y política de ese pueblo con su personalidad cultural.

La primera hipótesis implica genocidio de la población indígena y crea un vacío que le quita a la dominación extranjera su contenido y su objeto: el pueblo dominado.

La segunda hipótesis no ha sido confirmada por la historia hasta ahora. La gran experiencia de la humanidad permite postular que no tiene viabilidad práctica; no es posible armonizar la dominación económica y política de un pueblo, cualquiera sea el grado de su desarrollo.

Para huir de esta alternativa—que se podría denominar el dilema de la resistencia cultural—la dominación colonial imperialista trató de crear teorías que en realidad no son más que formulaciones absurdas del racismo y se traduce en la práctica en un permanente estado de sitio para las poblaciones autóctonas, basado en una dictadura (o "democracia") racista.

Es, por ejemplo, el caso de la presunta teoría de asimilación progresiva de las poblaciones nativas que resulta ser finalmente una tentativa de negación, más o menos violenta, de la cultura de dicho pueblo. El fracaso vergonzoso de esta "teoría", puesta en práctica por algunas potencias coloniales, entre ellas Portugal, es la prueba más evidente de su inevitabilidad y de su carácter inhumano. En el caso portugués, cuando Salazar afirma que "África no existe", alcanza el grado más elevado de lo absurdo.

Es también el caso de la pretendida teoría del *apartheid*, que se aplica y desarrolla sobre la base del dominio económico y político del pueblo de África Austral, por una minoría racista, con todos los crímenes de

nal, estudiante universitario en el África del Sur racista, ayudado en su juventud por una fundación americana, becarío de una universidad americana de Estados Unidos, doctor de la Universidad de Northwestern, alto funcionario de las Naciones Unidas, profesor de la Universidad de Syracuse, presidente del Frente de Liberación de Mozambique, cayó como combatiente por la libertad de su pueblo.

La vida de Mondlane es, en efecto, singularmente rica en experiencias; si se considera el breve periodo durante el cual trabajó como obrero cursillista en una explotación agrícola, su ciclo de vida engloba, prácticamente, todas las categorías de la sociedad africana colonial: del campesinado a la "pequeña burguesía" asimilada, y en el aspecto cultural, desde el mundo aldeano a una cultura universal, abierta al mundo, con sus problemas, contradicciones y perspectivas de evolución. Lo importante es que, tras aquel largo trayecto Eduardo Mondlane pudo realizar la vuelta al pueblo, con personalidad del combatiente por la liberación y el progreso de su pueblo, enriquecido por experiencias como verdaderas del mundo actual. Así dio un ejemplo fecundo; enfrentándose a todas las dificultades, huyendo de las tentaciones, liberándose de los compromisos de alienación cultural (luego política), supo recobrar sus raíces propias, identificarse con su pueblo y consagrar su vida a la causa de liberación nacional y social. Por tales motivos no le perdonaron los imperialistas.

De modo que, en vez de limitarnos a unos problemas más o menos importantes de la lucha común contra los colonialistas portugueses, vamos a centrar nuestra conferencia en un problema esencial: las relaciones de dependencia y de reciprocidad entre la lucha de liberación nacional y la cultura.

Si logramos convencer a los combatientes de la liberación africana, y a cuantos se interesan por la libertad y el proceso de los pueblos de africanos, de la importancia decisiva de este problema en el proceso de la lucha, habremos rendido un homenaje significativo a Eduardo Mondlane.

Un dilema cruel para el colonismo: liquidar o asimilar?

Cuando Goebbels, el cerebro de la propaganda nazi, oía hablar de cultura, sacaba su pistola. Esto demuestra que los nazis—que fueron y son la expresión más trágica del imperialismo y su sed de dominación aunque fueran unos tarados como Hitler—tenían una noción clara del valor de la cultura como factor de resistencia a la dominación extranjera.

La historia nos enseña que, en algunas circunstancias, le es bien fácil al extranjero imponer su dominación sobre un pueblo; asimismo nos enseña que cualesquiera que sean los aspectos materiales de tal domina-

esa humanidad que esto encierra. La práctica del apartheid se traduce en la explotación desenfundada y bestial de la fuerza de trabajo de las masas africanas, encarceladas y reprimidas en el campo de concentración más cínico y más vasto que la humanidad haya jamás concebido.

La liberación nacional, acto de cultura

Estos hechos dan una medida del drama de la dominación extranjera frente a la realidad cultural del pueblo dominado. Muestra también el lazo íntimo de dependencia y reciprocidad existente entre el hecho cultural y el hecho económico (y político) en el comportamiento de las sociedades humanas. En efecto, la cultura es, en cada momento de la vida de una sociedad (abierta o cerrada), la resultante más o menos concientizada de las actividades económicas y políticas, la expresión más o menos dinámica del tipo de relaciones que prevalecen en el seno de esta sociedad, por una parte entre el hombre (considerado individual o colectivamente) y la naturaleza, y por otra parte entre los individuos, los grupos de individuos, los estratos sociales o las clases.

El valor de la cultura como elemento de resistencia a la dominación extranjera está en el hecho de que es la manifestación vigorosa, en el aspecto ideológico o idealista, de la realidad material e histórica de la sociedad dominada o por dominar.

Fruto de la historia de un pueblo, la cultura determina al mismo tiempo la historia por la influencia positiva o negativa que ejerce sobre la evolución de las relaciones entre el hombre y su medio, y entre los hombres o grupos humanos dentro de una sociedad, así como entre sociedades diferentes. Ignorar este hecho, o no comprenderlo, podría explicar también el fracaso de muchas tentativas de denominación extranjera, así como de algunos movimientos de liberación nacional.

Veamos lo que es la liberación nacional. Consideremos este fenómeno de la historia en su contexto contemporáneo, es decir, la liberación nacional frente a la dominación imperialista. Esta es, como se sabe, tanto en las formas como en el contenido, distinta de los demás tipos de dominación extranjera que le precedieron (tribal, aristocrático-militar, feudal y capitalista en sus inicios de libre competencia).

La característica principal, común a toda clase de dominación imperialista, es la negación del proceso histórico del pueblo dominado, por intermedio de la usurpación violenta de la libertad del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora bien, en una sociedad dada, el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y el régimen de utilización social de estas fuerzas (régimen de propiedad) determinan a nuestro parecer el modo de producción, cuyas contradicciones se manifiestan con más o menos intensidad a través de la lucha de clases como el factor

principal de la historia de cada conjunto humano, siendo el nivel de las fuerzas productivas la fuerza motriz verdadera y permanente de la historia.

El nivel de las fuerzas productivas indica para cada sociedad, para cada conjunto humano considerado como un todo en movimiento, la fase en que se encuentra esta sociedad y cada uno de sus componentes frente al mundo circundante, su capacidad de actuar y de reaccionar de manera consciente con relación a la naturaleza; esto indica y condiciona el tipo de relaciones materiales (expresadas objetiva o subjetivamente) que existen entre el hombre y su medio ambiente. El modo de producción que representa en cada fase de la historia, el resultado de la búsqueda incesante de un equilibrio dinámico entre el nivel de las fuerzas productivas y el régimen de utilización social de estas fuerzas, indica la fase en que se encuentra una sociedad dada y cada uno de sus componentes frente a sí misma y frente a la historia. Esto indica y condiciona, además, el tipo de relaciones materiales (expresadas objetiva o subjetivamente) creadas entre los diversos elementos o los diversos conjuntos que componen la sociedad en cuestión: relaciones y tipo de relaciones entre el hombre y su medio; relaciones y tipos de relaciones entre los componentes individuales o colectivos de una sociedad. Hablar de esto es hablar de la historia, pero es, asimismo, hablar de cultura.

La cultura, cualesquiera sean las características ideológicas o idealistas de sus manifestaciones es, pues, un elemento esencial de la historia de un pueblo. Quizá sea la resultante de esta historia, como la flor es la resultante de una planta. Como la historia, o tal vez porque es historia, la cultura tiene como base material el nivel de las fuerzas productivas y el modo de producción. Hunde sus raíces en el humus de la realidad material del medio donde se desarrolla y refleja la naturaleza orgánica de la sociedad, que puede ser más o menos influenciada por factores exteriores.

Si la historia permite conocer la naturaleza y la extensión de los desequilibrios y de los conflictos (económicos, políticos y sociales) que caracterizan la evolución de una sociedad, la cultura permite conocer cuales fueron las síntesis dinámicas, elaboradas y fijadas por la conciencia social, para la solución de estos conflictos en cada etapa de la evolución de esta misma sociedad, en busca de supervivencia y de cambio progresivo.

Como ocurre con la flor en una planta, es en la cultura donde reside la capacidad (o la responsabilidad) de elaboración y fecundación del germen que asegura la continuidad de la historia configurando o delineando al mismo tiempo las perspectivas de la evolución y del progreso de la sociedad en cuestión. Así se entiende que, como la dominación imperialista es la negación del proceso histórico propio del pueblo do-

ra del pueblo en lucha. Por ello, la dirección de este movimiento debe tener una noción clara del valor de la cultura en el marco de la lucha y conocer profundamente la cultura de su pueblo, cualquiera que sea el nivel de su desarrollo económico.

Hoy en día es lugar común afirmar que cada pueblo tiene su cultura. Pasó ya el tiempo en que, como tentativa de perpetuar la dominación de los pueblos, la cultura se consideraba como un don de pueblos o naciones privilegiadas y en que por ignorancia o por mala fe, se confundía cultura y tecnicidad, si no cultura y color de piel y forma de ojos. El movimiento de liberación representante y defensor de la cultura del pueblo, debe ser consciente del hecho de que cualquiera que sean las condiciones materiales de la sociedad representada, ésta última es portadora y creadora de la cultura. Además, el movimiento de liberación debe comprender el carácter de masas, el carácter popular de la cultura, que no es, ni puede ser la donación de uno, o de algunos sectores de la sociedad.

Todo movimiento de liberación nacional debe ser capaz de realizar un análisis profundo de la estructura social en función de los imperativos de la lucha de clases, y visualizar que las características culturales de cada categoría tienen un lugar de primera importancia. Pues si la cultura tiene un carácter de masas, no es sin embargo uniforme, no se desarrolla igualmente en todos los sectores de la sociedad. La actitud de cada categoría social, frente a la lucha, está dictada por sus intereses económicos, pero también profundamente influenciada por su cultura. Incluso se puede admitir que son las diferencias de niveles de cultura las que explican los diferentes comportamientos de los individuos de una misma categoría socioeconómica frente al movimiento de liberación. Y es allí donde la cultura alcanza todo su significado para cada individuo: comprensión e integración en su medio, identificación con los problemas fundamentales y aspiraciones de la sociedad, aceptación de la posibilidad de cambio en el sentido del progreso.

En las condiciones específicas de nuestro país —y diríamos de África— la distribución horizontal y vertical de los niveles y matices de cultura presenta alguna complejidad. Realidad de múltiples y variadas facetas, producto de la intercomunicación e intercambio de los pueblos a las ciudades, de un grupo étnico al otro, del campesino al obrero o al intelectual indígena más o menos asimilado, de una clase social a otra, e incluso, como lo dijimos, de individuos a individuos en una misma categoría social, hay variaciones significativas del nivel cuantitativo y cualitativo de la cultura.

Para el movimiento de liberación nacional, tomar en consideración los hechos anteriormente referidos es punto de primera importancia, pues permitirá visualizar el puente entre el hecho cultural y el económico.

minado, es, necesariamente, la negación de su proceso cultural. Esto nos explica por qué la práctica de la dominación imperialista, al igual que cualquier otra dominación extranjera, exige como factor de seguridad la opresión cultural y la tentativa de eliminación, directa o indirecta, de los rasgos esenciales de la cultura del pueblo dominado.

El estudio de la historia de las luchas de liberación enseña que, generalmente, están precedidas por un aumento de las manifestaciones culturales, las cuales se concretan progresivamente por una tentativa, lograda o no, de la afirmación de la personalidad e identidad cultural del país dominado como acto de negación de la cultura del opresor. Cualquiera que sean las condiciones de avasallamiento de un pueblo por la dominación extranjera y la influencia de los factores económicos, políticos y sociales en la práctica de esta dominación, por norma general, es en el hecho cultural donde se ubica el germen de la contestación que conlleva a estructurar y desarrollar el movimiento de liberación.

El fundamento de liberación nacional reside en el derecho inalienable que cada pueblo tiene, cualquiera que sean las formulaciones adoptadas al nivel del derecho internacional, de disponer de su propia historia. El objetivo de la liberación nacional es, pues, la reconquista de tal derecho usurpado por la dominación imperialista, o sea, la liberación del proceso de desarrollo de las fuerzas productivas nacionales. Hay, pues, liberación nacional, sólo cuando las fuerzas productivas nacionales están liberadas totalmente de toda clase de dominación extranjera. La liberación de las fuerzas productivas y, por lo tanto, la facultad de determinar libremente el modo de producción más adecuado para la evolución del pueblo liberado, abre necesariamente perspectivas nuevas para el proceso cultural de la sociedad en cuestión, dándole toda su capacidad de crear el verdadero progreso.

Un pueblo que se libera del dominio extranjero no será libre culturalmente, sino cuando sin complejos de inferioridad y sin menospreciar la importancia de los aportes positivos de la cultura del opresor y de otras culturas, retoma los caminos ascendentes de su propia cultura, la cual se nutre de la realidad viviente del medio liberado y niega también las influencias nocivas, como toda especie de sujeción a culturas extranjeras. Se echa de ver, pues, que si la dominación imperialista tiene como necesariamente oro: algunos dirigentes políticos —aun los más exitosos— pueden ser alienados por culturas.

El carácter de clase de la cultura

Sobre la base de lo anteriormente dicho, se puede considerar el movimiento de liberación como la expresión política organizada de la cultura.

mico. Si en las sociedades de estructura horizontal como la sociedad Balante, por ejemplo, la distribución de los niveles de cultura es más o menos uniforme, (las variaciones están únicamente ligadas a las características individuales y a los grupos de edad) en las sociedades de estructura vertical, como entre los Fulas, hay variaciones importantes de la cumbre a la base de la pirámide social. Eso enseña, una vez más, el lazo íntimo entre el hecho de cultura y el hecho económico y explica también las diferencias de comportamiento global o sectorial de estos dos grupos étnicos frente al movimiento de liberación.

Verdad es que la multiplicidad de categorías sociales y étnicas crea cierta complejidad en la determinación del papel de la cultura en el movimiento de liberación. Sin embargo, es indispensable no perder de vista la importancia decisiva del carácter de clase de la cultura en el desarrollo de la lucha de liberación, inclusive en el caso en que esta categoría es, o parece se todavía embrionaria.

La experiencia de la dominación colonial enseña que en la tentativa de perpetuar la explotación, el colonizador no sólo crea todo un sistema perfecto de represión de la vida cultural del pueblo colonizado, sino también suscita y desarrolla la alienación cultural de una parte de la población, sea por la presunta asimilación de los indígenas, sea por la creación de un abismo social entre las élites autóctonas y las masas populares. Como resultado de este proceso de división o de profundización de las divisiones dentro de la sociedad, ocurre que una parte considerable de la población, particularmente la pequeña burguesía, urbana o campesina, asimila la mentalidad del colonizador y se considera como culturalmente superior al pueblo a que pertenece, cuyos valores culturales ignora o desprecia. Esta situación, característica de la mayoría de los intelectuales colonizados, se cristaliza conforme aumentan los privilegios sociales del grupo asimilado o alienado, teniendo implicaciones directas en el comportamiento de los individuos de este grupo frente al movimiento de liberación. Persuadir a estos grupos es, pues, indispensable para su integración verdadera, o sea reafricanización en el caso que nos ocupa. Esto puede efectuarse antes de la lucha, pero no se completa más que en el desarrollo de ésta, en el contacto diario y directo con las masas populares y en la comunión de sacrificios que la lucha exige e impone.

Frente a la perspectiva de independencia política, debemos tomar en consideración que la ambición y el oportunismo político son un padecimiento frecuente del movimiento de liberación y por lo tanto, se van a incorporar individuos sin identidad cultural. Estos, sobre la base de su nivel de instrucción y conocimientos científicos o técnicos, pueden llegar a los puestos más elevados del movimiento de liberación, sin perder los prejuicios culturales de su clase. entonces, la vigilancia revolu-

cionaria es indispensable en el plano de la cultura, como en el de la política, porque en las condiciones concretas y complejas en el proceso del fenómeno del movimiento de liberación, todo lo que brilla no es necesariamente oro: algunos dirigentes políticos —aun los más eximios pueden ser alienados culturales.

El carácter de clase de la cultura es, sin embargo, más sensible en el comportamiento de las categorías privilegiadas del medio rural, particularmente en lo que se refiere a las etnias que disponen de una estructura social vertical, en que no obstante las influencias de la asimilación o la alienación cultural son nulas o prácticamente nulas. Así es, por ejemplo el caso de la clase dirigente Fula. Bajo la dominación colonial, la autoridad política de esta clase (jefes tradicionales, familias nobles, dirigentes religiosos) es puramente nominal, y las masas populares están conscientes del hecho de que la autoridad verdadera reside y actúa en la administración colonial. Sin embargo, la clase dirigente preserva esencialmente su autoridad cultural en las masas populares del grupo, con implicaciones políticas de gran importancia.

Consciente de esta realidad, el colonialismo reprime o inhibe en su raíz las manifestaciones culturales peculiares de las masas populares; sin embargo, apoya y protege, en la cumbre, el prestigio y la influencia cultural de la clase dirigente; instala jefes de su confianza y, aceptados más o menos por el pueblo, les da innumerables privilegios materiales e incluso la educación de sus hijos; crea puestos de jefe donde no existían, establece y desarrolla relaciones de cordialidad con los dirigentes religiosos, edifica mezquitas, organiza viajes a la Meca, etcétera. Y sobre todo asegura, por medio de los órganos represivos de la administración colonial, los privilegios económicos y sociales de la clase dirigente en relación a las masas populares. Pero a pesar de todo, no es imposible el hecho de que, entre estas clases dirigentes, broten individuos o grupos de individuos afiliados al movimiento de liberación, aunque es menos frecuente en el caso de la "pequeña burguesía" asimilada. Entre los jefes religiosos y tradicionales, muchos de ellos se integran a la lucha desde su inicio o en el curso de su desarrollo, aportando una contribución entusiasta a la causa de liberación. La vigilancia en este caso es aún más indispensable; los individuos de esta categoría conservan bien afinados los prejuicios culturales de clase y ven generalmente al movimiento de liberación como el único medio viable para aprovechar todos los sacrificios de las masas populares, y lograr eliminar la opresión colonial sobre su propia clase social, restableciendo así su absoluta dominación política y cultural sobre el pueblo.

En el marco general de respuesta al dominio colonial imperialista y en las condiciones concretas referidas, resulta que entre los aliados más fieles del opresor, se encuentran algunos funcionarios importantes e in-

les del pueblo, como la armonía y desarrollo de estos valores en un marco nacional revolucionario.

La unidad política y moral del movimiento de liberación y del pueblo que ella representa y dirige, implica la realización de la unidad cultural de las categorías sociales determinantes para la lucha. Esta unidad se traduce, por una parte, en una identificación total del movimiento con la realidad del medio y con los problemas y las aspiraciones fundamentales del pueblo; por otra parte, en identificación cultural progresiva de las diversas categorías sociales que participan en la lucha. El proceso de ésta debe armonizar los intereses divergentes, resolver las contradicciones y definir objetivos comunes en la búsqueda de la libertad y transformación social. La toma de conciencia de objetivos claros en amplias capas de la población, reflejada en la determinación frente a todas las dificultades y todos los sacrificios, es una gran victoria política y moral. Así, es también una realización cultural decisiva para el desarrollo posterior y el éxito del movimiento de liberación nacional.

Derrota cultural del colonialismo

Cuanto más grandes sean las diferencias entre la cultura del pueblo dominado y la del opresor, tanto más posible es la victoria. La historia nos enseña que es mucho difícil dominar que preservar el dominio sobre un pueblo de cultura semejante o análoga a la del conquistador.

Se podrá afirmar, tal vez, que la derrota de Napoleón —cualesquiera que hayan sido las motivaciones económicas y políticas de sus guerras de conquista— fue debida a no haber sabido (o podido) limitar sus ambiciones a la dominación de pueblos cuya cultura era más o menos semejante a la de Francia. Lo mismo podría decirse de otros imperios, antiguos modernos o contemporáneos. Uno de los errores más graves, si no el más grave, cometido por las potencias coloniales de África, ha sido ignorar o minimizar la fuerza cultural de los pueblos africanos. Esta actitud es particularmente evidente para la dominación colonial portuguesa, que no se contentó con negar en absoluto la existencia de los valores culturales del africano y su condición de ser social, sino que se obstinó en prohibirle toda clase de actividad política.

El pueblo de Portugal, que no destruyó las riquezas usurpadas a los pueblos africanos por el colonialismo portugués, pero que asimiló, en su mayoría, la mentalidad imperial de las clases dirigentes de su país, paga hoy muy caro, con tres guerras coloniales, el error de subestimar nuestra realidad cultural.

La resistencia política y armada de los pueblos en las colonias portuguesas, así como de múltiples países o regiones de África, fue aniquilada por la superioridad técnica del conquistador imperialista, con la

lectuales de profesión liberal, asimilados, y un elevado número de la clase dirigente de los medios rurales.

Este hecho da una medida de la influencia (negativa o positiva) de la cultura y de los prejuicios culturales en el problema de las alternativas políticas frente al movimiento de liberación. Sin embargo, brinda la oportunidad de conocer también los límites de esta influencia y la supermacra del factor de clase en el comportamiento de diversas categorías sociales.

El funcionamiento importante o el intelectual asimilado, caracterizado por su total alienación cultural se identifican en la opción política frente al movimiento de liberación, con el jefe tradicional o religioso, que no sufrió ninguna influencia extranjera significativa. Estas dos categorías colocan siempre a sus privilegios económicos y sociales, o sea sus intereses de clase social, por encima y contra las aspiraciones del pueblo. He aquí una verdad que el movimiento de liberación no puede ignorar, so pena de traicionar los objetivos económicos, políticos, culturales y sociales de la lucha revolucionaria.

Definir progresivamente una cultura nacional

Si se minimizar la contribución positiva que las clases o estratos privilegiados pueden aportar a la lucha en el plano político, el movimiento de liberación debe apoyar su acción cultural en la cultura popular, cualquiera que sea la diversidad de los niveles de cultura en el país.

La respuesta cultural a la dominación colonial es fase primaria del movimiento de liberación, pero no puede ser considerada eficaz más que basada en la cultura de las masas trabajadoras de los campos y de las ciudades, incluso de la pequeña burguesía nacionalista (revolucionaria), reafirmada o disponible para una conversión cultural total. Sea cual fuere la complejidad de este panorama cultural básico, el movimiento de liberación debe ser capaz de distinguir lo esencial de lo secundario, lo positivo de lo negativo, al progresista del reaccionario, para puntir la línea correcta en la definición progresiva y constantes de una *Cultura Nacional*.

Para que la cultura pueda desempeñar el papel importante que le corresponde en el marco del desarrollo del movimiento de liberación, este debe saber preservar los valores culturales positivos de cada grupo social bien definido, de cada categoría social, y operar hacia la confluencia de estos valores en el proceso de la lucha, dándole una dimensión nueva: la dimensión nacional.

Enfrentada a tal necesidad, la lucha de liberación es, ante todo, una lucha tanto por la preservación y la supervivencia de los valores cultura-

complicidad o traición de algunas clases dirigentes indígenas. Las élites fieles a la historia y a la cultura del pueblo fueron destruidas. Poblaciones enteras quedaron aniquiladas. El reino del colonialismo se instaló con todos los crímenes y la explotación que lo caracterizan. Pero la resistencia cultural del pueblo africano no se destruyó.

Reprimida, perseguida, traicionada por algunas capas sociales comprometidas con el colonialismo, la cultura africana sobrevivió a todas las tempestades; refugiada en los pueblos, en la tradición, en la música, en las selvas y en la mente de las generaciones víctimas del colonialismo.

Como la semilla que espera mucho tiempo las condiciones propicias para germinar y preservar así la continuidad de la especie, garantizando y asegurando su evolución, la cultura de los pueblos africanos reanuda hoy su desarrollo, a través del continente, en las luchas de liberación nacional. Sean cual fueren las formas de tales luchas, sus éxitos o fracasos y la amplitud de su desarrollo, marcan el comienzo de una fase nueva en la historia del continente y son, tanto en la forma como en el contenido, el hecho cultural más importante en la vida de los pueblos africanos.

Fruto y prueba de vigor cultural, la lucha de liberación de los pueblos de Africa abre perspectivas nuevas e insólitas al desarrollo de la cultura puesta al servicio de la transformación revolucionaria.

Riqueza cultural de Africa

Ya pasó el tiempo en que era necesario buscar argumentos para probar la madurez cultural de los pueblos africanos. La irracionalidad de las "teorías" racistas de un Gobineau, o de Levy-Bruhi no interesa ni convence más que a los racistas. A pesar de la dominación (y quizá a causa de ésta), Africa pudo imponer el respeto de sus valores culturales. Incluso se reveló como uno de los continentes más ricos en valores culturales. De Cartago a Zimbabwé, de Ngorongoro a Bénin a Ifé, del Sahara a Timbuctú y a Kilwa, a través de la inmensidad y la diversidad de las condiciones naturales del continente, la cultura de los pueblos africanos es un hecho innegable: en las obras de arte como en las tradiciones, orales y escritas, en las concepciones cosmogónicas como en la música y los bailes, en las religiones y creencias como en el equilibrio dinámico de las estructuras económicas, políticas y sociales que el hombre africano ha creado.

Si el valor universal de la cultura africana es hoy un hecho irrefutable, no hay que olvidar sin embargo, que el hombre africano cuyas manos, como dice el poeta, "colocaron piedras a los cimientos del mundo", desarrolló su cultura en condiciones frecuentemente, si no siempre, hostiles:

de los desiertos a la selva ecuatorial, de los pantanos del litoral a las riberas de los ríos caudalosos sometidos a las crecidas frecuentes, hacia y contra todas las dificultades, incluso destructores mayores, no sólo de las plantas y animales, sino incluso del hombre. Se puede decir, de acuerdo con Basil Davidson y otros historiadores de la sociedad y culturas africanas, que las realizaciones del *genio africano* en los aspectos económico, político, social y cultural, frente al carácter inhospitalario del medio, son una epopeya comparable a los ejemplos históricos supremos de la grandeza del hombre.

La dinámica de la cultura

Esta realidad constituye, por cierto, un motivo de orgullo y un elemento estimulante para los que luchan por la liberación de los pueblos africanos. Pero importa no perder de vista que ninguna cultura es un todo perfecto y acabado. La cultura, igual que la historia, es necesariamente un fenómeno en expansión, en desarrollo constante. Y es más importante todavía tener en cuenta el hecho de que la característica fundamental de una cultura es su lazo íntimo, de dependencia y de reciprocidad con la realidad económica y social del medio, con el nivel de las fuerzas productivas y el modo de producción de la sociedad que la creó.

La cultura, fruto de la historia, refleja a cada momento la realidad material y espiritual de la sociedad, del hombre-individuo y del hombre-ser social, frente a los conflictos que los oponen a la naturaleza y a los imperativos de la vida en común. De aquí viene que toda cultura se compone de elementos esenciales y secundarios, de las fuerzas y de las debilidades, de las virtudes y de los defectos, de los aspectos positivos y negativos, de los factores de progreso y de estancamiento o de regresión. De aquí, asimismo, que la cultura —creación de la sociedad y síntesis de los equilibrios y soluciones que engendra para resolver los conflictos que la caracterizan en cada fase de la historia— es una realidad social independiente de la voluntad de los hombres, del color de la piel o la forma de sus ojos.

En un análisis profundo de la realidad cultural, no se puede pretender que existan culturas continentales o raciales. Y la razón es porque, igual que para la historia, la cultura se desarrolla en un proceso desigual, al nivel de un continente, de una raza e incluso de una sociedad. Las coordenadas de la cultura, como las de cualquier fenómeno en desarrollo, varían en el espacio y en el tiempo, sean éstos materiales (físicos) o humanos (biológicos y sociales). El reconocer la existencia de rasgos humanos y específicos en las culturas de los pueblos africanos independientemente del color de su piel, no implica necesariamente que exista

Mientras más conciencia se tome del hecho de que la meta mayor del movimiento de liberación supera la conquista de la independencia política, para ubicarse en el plano superior de liberación total de las fuerzas productivas y de la construcción del progreso económico, social y cultural del pueblo, más evidente se hace la necesidad de proceder a un análisis selectivo de los valores de la cultura en el marco de la lucha. Ahora bien, los valores negativos de la cultura son en general un obstáculo al desarrollo de la lucha y a la construcción del progreso. Tal necesidad se hace más aguda en el caso de hacer frente a la violencia colonialista; entonces el movimiento de liberación debe movilizar y organizar al pueblo, bajo la dirección de una organización política sólida y disciplinada, con objeto de valerse de la violencia liberadora para la lucha

armada de liberación nacional.

En esta perspectiva, el movimiento de liberación debe ser capaz, más allá del análisis expuesto anteriormente, de operar paso a paso, pero sólidamente, en el curso del desarrollo de su acción política, la confluencia de los niveles de cultura de las diversas categorías sociales disponibles para la lucha, y transformarlas en la fuerza cultural nacional que sirva de base al desarrollo de la lucha armada. Debemos notar que el análisis de la realidad cultural da ya una medida de las fuerzas y debilidades del pueblo frente a las exigencias de lucha; representando, también, adquisición de conocimientos estratégicos y tácticos a seguir, tanto en el plano político como militar. Pero no es sólo en el curso de la lucha desencadenada a partir de una base satisfactoria de unidad política y moral, donde la complejidad de los problemas culturales se plantean en toda su amplitud. Esto obliga, frecuentemente, a diversas adaptaciones sucesivas de estrategia y tácticas sobre la realidad, que sólo la lucha es capaz de revelar. La experiencia en la lucha enseña cuán tópico y absurdo es pretender aplicar, sin considerar la realidad local (y particularmente la realidad cultural) los esquemas desarrollados por otros pueblos en el curso de su lucha de liberación y las soluciones que encontraron a los problemas enfrentados.

Se puede decir que, al principio de la lucha, cualquiera que haya sido el grado de su preparación, tanto la dirección del movimiento de liberación, como las masas militantes y populares, no tuvieron conciencia clara del peso de la influencia de los valores culturales en el desarrollo de la lucha: qué posibilidades crea, qué límites impone, y principalmente, en qué medida la cultura es vital para el pueblo, como fuente inagotable de valentía, de medios materiales y morales, de energía física y psicológica que le permitan soportar sacrificios e incluso hacer milagros. Pero asimismo, cómo en algunos aspectos es fuente de obstáculos y dificultades.

una y sólo una cultura en el continente. Del mismo modo que desde el punto de vista económico y político se comprueba la existencia de muchas "Áfricas", se advierte también que hay muchas culturas africanas. Sin duda alguna, la subestimación de los valores culturales de los pueblos africanos, basándose en sentimientos racistas y en la intención de perpetuar su explotación por el extranjero, dañó mucho a África. Pero frente a la necesidad vital de transformación, los hechos o comportamientos siguientes no le serán menos dañinos: los elogios no selectivos, la exaltación sistemática de las virtudes sin condenar los defectos; la aceptación ciega de valores culturales sin considerar lo que tiene o pueda tener de negativo, de reaccionario o de regresivo; la confusión entre lo que es la expresión de una realidad histórica objetiva y material y lo que parece ser una creación del espíritu o el resultado de una naturaleza específica; el lazo absurdo de las creaciones artísticas, sean válidas o no, a supuestas características de una raza africana, en fin, la apreciación crítica y no científica o acientífica del fenómeno cultural.

Lo que importa no es perder tiempo en discusiones más o menos bizantinas sobre la especificidad o la no especificidad de los valores culturales africanos, sino considerar estos valores como una conquista de una parte de la humanidad para el patrimonio común de ésta, realzada en una o muchas fases de su evolución. Lo importante, entonces, es proceder al análisis crítico de las culturas africanas frente al movimiento de liberación y a las exigencias del cambio en esta etapa nueva de la historia de África, tener conciencia de su valor en el marco de la civilización universal, pero también comparar este valor al de las demás culturas; no con objeto de dictaminar su superioridad o inferioridad, sino para determinar, en el marco general de la lucha contra la opresión, cuál es la contribución que dio y debe dar y cuáles son los aportes que puede o debe recibir.

El movimiento de liberación debe fundar su acción como dijimos en el conocimiento profundo de la cultura del pueblo y saber apreciar, en su valor exacto, los elementos de esta cultura así como los diferentes niveles que alcanza en cada categoría social. También debe ser capaz de discernir en el conjunto de los valores culturales del pueblo, lo esencial y lo secundario, lo positivo y lo negativo, lo progresista y lo reaccionario, las fuerzas y las debilidades. Todo ello en función de las exigencias de la lucha para poder centrar su acción en lo esencial, sin olvidar lo secundario, suscitar el desarrollo de los elementos transformadores positivos y así, combatir con flexibilidad pero rigurosamente los elementos negativos y reaccionarios; en fin, para poder utilizar eficazmente su potencialidad y eliminar las debilidades, o transformar éstas en fuerzas liberadoras.

des, de concepciones erróneas de la realidad, de desviaciones en el cumplimiento del deber y de limitación en el ritmo y eficacia de la lucha frente a exigencias políticas, técnicas y científicas de una guerra.

La lucha armada, instrumento de unificación y de progreso cultural

La lucha armada de liberación, desencadenada en respuesta a la agresión del opresor colonialista, se revela como un instrumento doloroso, pero eficaz, para el desarrollo del nivel cultural, tanto de las capas dirigentes del movimiento liberador, como de las diversas categorías sociales que participan en la lucha.

Los dirigentes del movimiento de liberación, oriundos de la pequeña burguesía (intelectuales, empleados) o de los medios trabajadores de las ciudades (obreros, choferes, asalariados en general), que conviven cotidianamente con las diversas capas campesinas en el seno de las poblaciones rurales, llegan a conocer mejor al pueblo, descubren, en su origen la riqueza de sus valores culturales (políticos, filosóficos, artísticos, morales y sociales), adquieren por ello una conciencia más nítida de las realidades económicas del país, de los problemas, sufrimientos y aspiraciones de las masas populares. Constatan, no sin cierto asombro, la riqueza de espíritu, la capacidad de argumentación y exposición clara de las ideas, la facilidad de comprensión y asimilación de los conceptos por parte de poblaciones ayer todavía olvidadas, cuando no despreciadas y consideradas por el colonizador, incluso por algunos nacionales, como seres incapaces. Los dirigentes enriquecen así su cultura, se cultivan y liberan a los complejos, refuerzan su capacidad para ser más útiles al movimiento de liberación, a su pueblo.

Las masas trabajadores en general, y en particular los campesinos, que nunca han rebasado los límites del pueblo o de la región, al entrar en contacto con otras realidades pierden los complejos que los limitaban en sus relaciones con otros grupos étnicos y sociales, entienden su condición como elementos determinantes en la lucha, rompen los grilletes del universo aldeano para integrarse progresivamente al país y al mundo, adquieren infinidad de nuevos conocimientos útiles a su actividad inmediata y futura en el marco de la lucha, y refuerzan su conciencia política, asimilando los principios de la revolución nacional o social, por la que han de luchar. Así se tornan más aptos para jugar el papel decisivo como fuerza principal del movimiento liberador.

La lucha armada de liberación, como se sabe, exige la movilización de una mayoría significativa de la población, la unidad política y moral de las diversas categorías sociales, el uso eficaz de armas modernas y otros medios de guerra, la transformación progresiva de la mentalidad tribal, la superación de tabúes sociales y religiosos contrarios al desarro-

llo de la lucha (gerontocracia, nepotismo, inferioridad social de la mujer, ritos y prácticas incompatibles con el carácter racional y nacional de la lucha etcétera), además, la lucha armada opera muchas otras modificaciones profundas en la vida de las poblaciones. La lucha armada de liberación implica, pues, una verdadera marcha forzada en el cambio del progreso cultural.

Enunciando objetivos inherentes a la lucha armada de liberación, la práctica de la democracia, de la crítica y de la autocrítica, la responsabilidad creciente de las poblaciones en la gestión de su vida, la alfabetización, la creación de escuelas y de la asistencia sanitaria, la formación del mando superior con oriundos de los medios campesinos y obreros —así como otras realizaciones— vemos que la lucha armada de liberación no sólo es un hecho cultural, sino además un factor de cultura. Eso es, sin duda alguna, la primera compensación a los esfuerzos y sacrificios que son el precio de la guerra. Frente a tal perspectiva, le toca al movimiento de liberación definir claramente los objetivos de la resistencia cultural, parte integrante y determinante de la lucha.

Los objetivos de la resistencia cultural

De lo dicho anteriormente, se puede concluir que en el marco de la conquista de la independencia nacional y en la perspectiva de la construcción del progreso económico y social del pueblo, estos objetivos deben ser por lo menos los siguientes:

- Desarrollo de una *cultura popular*, y de todos los valores culturales positivos autóctonos.
- Desarrollo de una *cultura nacional* sobre la base de la historia y de las conquistas de la misma lucha.
- Elevación constante de la *conciencia política y moral del pueblo* (de todas las categorías sociales), así como del nacionalismo, del espíritu de sacrificio y devoción a la causa de la independencia, de la justicia, del progreso.
- *Desarrollo de una cultura científica*, técnica y tecnológica, compatible con las exigencias del progreso.
- Desarrollo, sobre la base de la asimilación crítica de las conquistas de la humanidad en los campos del arte, de la ciencia, de la literatura, de la música, etcétera, de una magna *cultura universal*, para una integración armoniosa en el mundo actual y con perspectivas de desarrollo integral.
- Elevación incesante y generalizada de sentimientos humanistas, solidarios, de respecto estricto y devoción desinteresada a la persona humana.

permitirá situarla, sin complejos de superioridad, en la civilización universal, como una parcela del patrimonio común de la humanidad y en la perspectiva de su integración armoniosa en el mundo actual. Debemos reservar a nuestros niños lo mejor de cuanto sabemos. Ellos son los factores de nuestra lucha.

La lucha de los pueblos por la liberación nacional y la independencia se ha convertido en una inmensa fuerza de progreso para la humanidad y constituye, sin la menor duda, uno de los rasgos esenciales de la historia de nuestro tiempo.

Un análisis objetivo del imperialismo, en cuanto hecho o fenómeno histórico "natural", en función del tipo de evolución económico-político de una importante parte de la humanidad, revela que la dominación imperialista, con todo su cortejo de miserias, rapiñas, crímenes y destrucción de valores humanos y culturales, no fue solo una realidad negativa. La inmensa acumulación del capital en media docena de países del hemisferio norte, fue el resultado de la piratería, del saqueo de bienes de otros pueblos y de la explotación desenfrenada del trabajo de éstos. Produjo otras cosas además del monopolio de las colonias, el reparto del mundo y la dominación imperialista.

El capital imperialista en los países ricos siempre a la búsqueda de la plusvalía, acrecentó la capacidad creadora del hombre, llevó a cabo, gracias a los progresos acelerados de la ciencia y la técnica, una profunda transformación de los medios de producción, acentuó la socialización del proceso del trabajo y el ascenso de amplias capas de la población. En los países dominados, donde la colonización, por regla general, bloqueó el proceso histórico de su propio desarrollo, cuando no dio lugar a su eliminación radical o progresiva, el capital imperialista impuso nuevos tipos de relaciones en el seno de la sociedad autóctona, cuya estructura se volvió cada vez más compleja a medida que aquel suscitaba, fomentaba, envenenaba o resolvía en ella determinadas contradicciones y conflictos sociales. El capital imperialista introdujo, con el ciclo de la moneda y el desarrollo del mercado interior y exterior, nuevos elementos en la economía bajo la influencia de un tipo nuevo de explotación de clase (colonialista racista) que originó el surgimiento de nuevas naciones a partir de grupos humanos o de pueblos que se hallaban en diferentes fases del desarrollo histórico.

Es cierto que el imperialismo, como capital en acción en los países coloniales dominados, no cumple la misma misión histórica que realiza en los países colonialistas o desarrollados. No es defender la dominación imperialista al reconocer que le dio nuevos rumbos al mundo, cuyas dimensiones redujo, que reveló nuevas fases del desarrollo de las sociedades humanas y que, a pesar o a causa de los prejuicios, las discriminaciones y los crímenes a que condujo, contribuyó a elaborar un conocimiento

La realización de estos objetivos es, en efecto, posible, pues la lucha armada de liberación, en las condiciones concretas de la vida de los pueblos africanos, enfrentados al desafío imperialista, es un acto de fecundación de la historia, la expresión mayor de nuestra cultura y de nuestra africanidad, y debe traducirse a la hora de la victoria, en un salto significativo e irreversible de la cultura del pueblo que se libera. Si este no es el caso, entonces los sacrificios hechos en la lucha habrán sido vanos. Esta habrá fallado en sus objetivos, y el pueblo no habrá marcado un hito de progreso en el marco general de la historia.

Al celebrar en esta ceremonia la memoria del doctor Eduardo Mondlane rendimos homenaje al hombre político, al combatiente de la libertad y, particularmente, al hombre de cultura. Cultura, no sólo por la que adquirió en el curso de su vida personal y en los bancos de la universidad, sino principalmente dentro de su pueblo, en el marco de la lucha libertadora de su pueblo.

Se puede decir que E. Mondlane fue asesinado de modo *salvaje* porque fue capaz de identificarse con la cultura de su pueblo, con sus aspiraciones de su personalidad de africano y de mozambiqueño; porque forjó una cultura nueva en la lucha, cayó como un combatiente. Por supuesto, es fácil acusar a los colonialistas portugueses y a los agentes del imperialismo, sus aliados, del crimen ominoso cometido contra la persona de Eduardo Mondlane, contra el pueblo mozambiqueño y contra África. Ellos fueron los que lo asesinaron cobardemente. Sin embargo, hace falta que todos los hombres de cultura libertaria, todos los combatientes revolucionarios, todos los espíritus prendados de justicia e igualdad — todos los enemigos del colonialismo y del racismo — tengán el valor de tomar en sus espaldas la parte de responsabilidad que les corresponde en esta muerte trágica. Porque si el colonialismo portugués y los agentes imperialistas pueden todavía liquidar impunemente a un hombre como Mondlane, es que algo podría reinar aún en el seno de la humanidad: la dominación imperialista. Porque los hombres de buena conciencia, defensores de la cultura de los pueblos, todavía no han cumplido con su deber en el planeta.

Esto da, según creemos, la medida de las responsabilidades con respecto al movimiento de liberación de los pueblos oprimidos, de los que nos escuchan en este templo de cultura.

La Cultura, Fundamento del Movimiento de Liberación Nacional

Lo que importa al movimiento de liberación no es demostrar la especificidad de la cultura del pueblo, sino proceder el análisis crítico de esta cultura en función de las exigencias de la lucha y del progreso, lo que

más profundo de la humanidad como un todo en movimiento, como unidad en la compleja diversidad de las características de su desarrollo.

La dominación imperialista en diversos continentes facilitó una confrontación multilateral y progresiva (en ocasiones brusca) no solo entre los hombres, sino también entre las sociedades, tanto por las características de la población, como principalmente por el grado y tipo de su desarrollo histórico, por el nivel de sus fuerzas productivas y por los datos esenciales de la estructura social y práctica de la denominación imperialista —su afirmación o su negación— exigió (y exige todavía) el conocimiento más o menos correcto del objeto dominado y de la realidad histórica (económica, social y cultural) en que se mueve, conocimiento que se expresa necesariamente en términos de comparación con el sujeto dominador y con su propia realidad histórica.

Tal conocimiento constituye una necesidad imperiosa para la práctica del dominio imperialista, en la medida en que éste es el resultado de la confrontación, casi siempre violenta, de dos entidades distintas por su contenido histórico, y antagónicas en sus funciones. La búsqueda de ese conocimiento, tanto para defender como para combatir el dominio imperialista, contribuyó al enriquecimiento general de la ciencias humanas y sociales, pese a su carácter unilateral, subjetivo, muchas veces saturado de prejuicios, y con suma frecuencia injusto.

En realidad, nunca se interesó tanto el hombre en el conocimiento de otras personas y de otras sociedades como a lo largo de este último siglo de dominación imperialista, hasta el punto de que ha sido posible acumular una cantidad sin precedente de informaciones, hipótesis y teorías, sobre todo en materia de historia, etnología, sociología y cultura de los pueblos o los grupos humanos sometidos al poder imperialista. Los conceptos de raza, casta, étnica, tribu, nación, cultura, identidad, dignidad y tantos otros, se han convertido en objeto de creciente atención por parte de quienes estudian al hombre y a las sociedades llamadas "primitivas" o "en evolución".

Más recientemente, con la expansión de los movimientos de liberación, que es la negación del dominio imperialista, ha surgido la necesidad de analizar las características de tales sociedades en función de la lucha emprendida y determinar los factores que desencadenan o frenan esta lucha, ejerciendo influencia positiva o negativa sobre su evolución. Quienes efectúan esos análisis suelen coincidir en que la cultura, en tal contexto, adquiere una singular importancia. Podemos, por tanto, admitir que cualquier intento de esclarecer la verdadera función de la cultura en el desarrollo del movimiento de liberación (preindependencia) puede representar una contribución útil a la lucha general de los pueblos contra la dominación imperialista.

El hecho de que los movimientos de independencia se distingan, incluso en su fase inicial, por una expansión de las manifestaciones de carácter cultural, indica que esos movimientos vienen precedidos de un "renacimiento cultural" del pueblo dominado. Puede, incluso, llegarse más lejos y afirmar que la cultura constituye un método de movilización de los grupos y, por lo tanto, un arma en la lucha por la independencia.

A partir de la experiencia de nuestra propia lucha, y cabe asegurar que también de la de África entera, nos permitimos afirmar que esta concepción del papel de la cultura en el desarrollo del movimiento de liberación es demasiado limitada, si no errónea. Tal concepto se deriva, a nuestro modo de ver, de una generalización incorrecta de un fenómeno que es real, pero restringido en la medida en que existe únicamente en el marco de las élites o de las diásporas coloniales. Esa generalización ignora o desdeña el dato esencial del problema: el carácter indestructible de la resistencia cultural de las masas populares frente a la dominación extranjera.

La práctica del dominio imperialista exige, como factor de éxito, la opresión cultural a modo de una tentativa de liquidación directa o indirecta de los rasgos esenciales de cultura del pueblo dominado. Por esto es que sólo el movimiento de liberación puede impulsar y preservar viva la cultura para desarrollarla a pesar de la represión permanente y organizada sobre su vida cultural; así, si es suprimida o anulada la respuesta políticomilitar, se puede continuar resistiendo culturalmente.

La fortaleza cultural, en un determinado momento, de acuerdo a factores internos y externos, condiciona la evolución de la sociedad en cuestión, así como sus relaciones con la potencia colonial. La cultura dominada puede de esta manera asumir formas nuevas (políticas, económicas, armadas) para responder al dominio extranjero.

Como excepción en los casos de genocidio total de las poblaciones autóctonas, o de su reducción violenta a un mínimo social y culturalmente insignificante, el periodo de colonización no fue, al menos en África, suficientemente largo para permitir la destrucción o una depreciación importante de los elementos esenciales de la cultura y las tradiciones del pueblo colonizado. La experiencia colonial de dominio imperialista en África revela que (exceptuados el genocidio, la segregación racial y el *apartheid*) la única solución pretendidamente positiva que las potencias coloniales encuentran para contrarrestar la resistencia cultural del pueblo colonizado es la "asimilación". Pero el fracaso total de la política de "asimilación progresiva" de las poblaciones nativas es la prueba evidente, tanto de la falsedad de esta teoría como de la capacidad de resis-

tencia de los pueblos dominados ante una tentativa de aniquilar su patrimonio cultural.¹

Por otra parte, incluso en las colonias de asentamiento, donde la apastante mayoría de la población sigue compuesta por individuos autóctonos, el área de ocupación colonial, y en particular de ocupación cultural, suele reducirse a las zonas costeras y a algunos sectores limitados del interior. La influencia de la cultura de la potencia colonial es casi nula en la estructura horizontal de la sociedad dominada, más allá de los límites de la capital y otros centros urbanos. De hecho, sólo se manifiesta en la vertical de la pirámide social colonial—creada por el propio colonialismo—y se ejerce especialmente sobre lo que podemos llamar "pequeña burguesía autóctona" y sobre grupos muy reducidos de trabajadores de los centros urbanos.

Fácil es verificar que las grandes masas rurales, al igual que un importante sector de la población urbana, es decir, más de 99 por ciento del total de la población indígena,² se mantienen al margen de toda influencia cultural de la potencia colonizadora.

Esta situación se origina, por una parte, debido al carácter necesariamente oscurantista del dominio imperialista que desprecia y reprimiendo la cultura del pueblo dominado, no muestra interés alguno en promover la identidad de las masas populares, fuente de mano de obra para los trabajos forzados y principal centro de explotación; por otro lado debido a la eficacia de la resistencia cultural de esas masas que so- metidas al dominio político y a la explotación económica, encuentran en su propia cultura el único recurso para preservar su identidad. Esta defensa del patrimonio cultural es reforzada en los casos de sociedades autóctonas con estructura vertical, por el interés que la potencia colonial tiene en proteger y reforzar la influencia cultural de las clases do- minantes, sus aliadas.

Cuanto acabamos de decir implica que ni en las masas populares del país dominado ni en las clases dominantes autóctonas (jefes tradiciona- les, familias nobles, autoridades religiosas) no se produce, por lo general, una destrucción o depreciación importante de la cultura y las tradicio- nes. Reprimida, perseguida, humillada, traicionada por ciertas categorías sociales comprometidas con el extranjero, refugiada en los poblados, en los bosques y en el espíritu de las víctimas de la dominación, la cultura sobrevive a todas las tempestades, para después, gracias a las luchas de liberación, recobrar todo su poder de florecimiento.

1. El porcentaje máximo de asimilados es del 0,3 por ciento de la población total de Guinea-Bissau, después de 500 años de presencia "civilizadora" y 50 años de "paz colonial".

2. Un mínimo del 99,7 por ciento en las colonias portuguesas.

He ahí la razón de que a las masas populares no se les planteó, ni pueda plantearseles, el problema del "retorno a las fuentes" o del "renacimiento cultural", pues las masas son las portadoras de la cultura, es decir, son la fuente y al mismo tiempo la única entidad verdaderamente capaz de preservar y crear cultura, es decir, hacer historia.

Para apreciar correctamente el verdadero papel de la cultura en el desarrollo del movimiento de liberación es, pues, necesario, al menos en lo que se refiere a África, distinguir entre la situación de las masas populares, que preservan su cultura, y la de las categorías sociales más o menos asimiladas, desarrraigadas y culturalmente enajenadas, o simplemente desprovistas de cualquier elemento nativo en el proceso de su formación cultural. Y al contrario; aun siendo portadoras de cierto número de elementos culturales propios de la sociedad autóctona, las élites coloniales nativas, forjadas por el proceso de colonización, viven material y espiritualmente la cultura del extranjero colonialista, con el que intentan progresivamente identificarse, tanto en lo que se refiere al comportamiento social como en todo lo relativo a la apreciación de los valores culturales indígenas.

En el transcurso de dos o tres generaciones de colonizados, como mínimo, se forma una capa social compuesta por funcionarios del Estado, empedados de diversas ramas de la economía (sobre todo, el comercio), miembros de profesiones liberales, algunos propietarios urbanos y agrícolas. Esa pequeña burguesía autóctona, forjada por el dominio extranjero e indispensable al sistema de explotación colonial, ocupa una zona social situada entre las masas trabajadoras del campo y los centros urbanos y la minoría de representantes locales de la clase dominante ex- tranjera.

Aunque pueda mantener relaciones, más o menos intensas, con las masas populares o con los jefes tradicionales, esta pequeña burguesía aspira, por lo general, a llevar un tren de vida similar, si no idéntico, al de la minoría extranjera: de ahí que, al mismo tiempo que restringe sus lazos con las masas, intenta integrarse en esta minoría, con mucha frecuencia en detrimento de los lazos familiares o étnicos, y siempre a costa de esfuerzos individuales.

Pero, cualesquiera que sean las excepciones aparentes, esa pequeña burguesía nunca llega a franquear las barreras impuestas por el sistema y cae prisionera de las contradicciones de la realidad cultural y social en que vive, ya que, en el marco de la paz colonial, le resulta imposible escapar de su condición de clase marginal o "marginalizada". Esta situación constituye, tanto en el país mismo como entre las diásporas de emigrantes en la metrópoli colonialista, el drama sociocultural de las élites coloniales o de la pequeña burguesía indígena, vivido más o me-

nos intensamente según las circunstancias materiales y el nivel de "aculturación", pero siempre en un plano individual, no colectivo.

En el marco de este drama cotidiano, sobre el telón de fondo del enfrentamiento, casi siempre violento, entre las masas populares y la clase colonial dominante, surge y se desarrolla en la pequeña burguesía indígena un sentimiento de amargura o un complejo de frustración y, paralelamente, una necesidad acuciante, de la que cobra conciencia poco a poco, para impugnar su marginalidad y descubrir su identidad, lo que le hace inclinarse progresivamente hacia otro polo del conflicto sociocultural de la clase en que vive —las masas populares nativas— procurando una identidad.

Como vimos, la sociedad dominada (por estar vencida, oprimida y reprimida en los planos económico y político) preserva a pesar de todas las tentativas destructoras de la potencia colonial lo esencial de su cultura y continua de manera pertinaz su resistencia cultural, que es indestructible. La pequeña burguesía autóctona solamente puede, en el dominio cultural, intentar satisfacer esa necesidad de liberación y de conquista de una identidad.

De ahí que el "retorno a las fuentes" se manifieste de manera tanto más imperioso cuanto mayor sea el aislamiento de la pequeña burguesía (o de las élites nativas) y más profundo resulte su complejo de frustración, como ocurre entre la emigración africana instalada en las metrópolis colonialistas o racistas.

No es, pues casual que teorías o "movimientos" del tipo del *panafricanismo* y la *negritud* (dos expresiones pertinentes) que se inspiran fundamentalmente en el postulado de la entidad cultural de todos los africanos negros) hayan sido concebidas en espacios culturales fuera del Africa negra. Más recientemente la reivindicación de una identidad africana por los negros norteamericanos constituyó otra manifestación, tal vez desesperada, de esa necesidad de un "retorno a las fuentes", aunque en este caso esté claramente influida por una nueva realidad: la conquista de la independencia política por la gran mayoría de los pueblos africanos.

En sus aspectos más visibles se caracteriza principalmente por la manifestación, muchas veces ostentosa, de un deseo y necesidad más o menos consciente de identificación cultural.

Pero el "retorno a las fuentes" no es ni puede ser en sí mismo un acto de lucha contra la dominación extranjera (colonialistas y racistas) y no significa tampoco necesariamente una vuelta a las tradiciones. Se trata pura y simplemente de la negación, por parte de la burguesía indígena, de la pretendida supremacía de la cultura de la potencia dominadora sobre la del pueblo dominado, pueblo con el que aquella necesita identificarse para resolver el conflicto sociocultural en que se debate

al procurar una identidad. El "retorno de las fuentes" no es, pues, una actitud voluntaria sino la única respuesta viable a la irreductible contradicción que opone la sociedad colonizada a la potencia colonizadora, las masas explotadas a la clase explotadora extranjera, en relación a la cual, cada grupo social o clase indígena está obligada a definir una posición.

Cuando el "retorno a las fuentes" sobrepasa el marco individual y consigue expresarse a través de grupos o de movimientos, esta contradicción se transforma en conflicto (velado o abierto), el cual constituye el preludio al movimiento de preindependencia o la lucha por la liberación del yugo extranjero. De esta manera, el "retorno a las fuentes" es históricamente posible sólo cuando implica, además de un compromiso real en la lucha por la independencia, una identificación total y definitiva con las aspiraciones de las masas populares, las cuales no solo impugnan la cultura del extranjero sino también, globalmente, su dominación. En caso contrario, el "retorno a las fuentes" sólo es una solución con vistas a conseguir ventajas temporales y, por tanto, una reforma, consciente o inconsciente, de oportunismo político de parte de la pequeña burguesía.

Observemos que el "retorno a las fuentes", sea aparente o real, no se produce de manera simultánea y uniformemente en el seno de la pequeña burguesía autóctona. Por el contrario, se trata de un proceso lento, discontinuo y desigual, cuyo desarrollo depende del grado de "aculturación" de cada individuo, de sus condiciones materiales de existencia, de su formación ideológica y de su propia historia como ser social.

En esta desigualdad tiene su origen la escisión de la pequeña burguesía indígena en tres grupos, en relación con el movimiento de liberación:

- a) Una minoría que, aun deseando el fin de la dominación extranjera, se alía a la clase colonial dominante y se opone abiertamente a ese movimiento, con objeto de defender ante todo su seguridad social.
- b) Una mayoría de elementos vacilantes e indecisos.
- c) Otra minoría cuyos componentes participan en la creación y la dirección del movimiento de liberación; ellos son el principal elemento fecundador.

Pero este tercer grupo, que desempeña un papel decisivo en el desarrollo del movimiento de preindependencia, sólo llega a identificarse verdaderamente con las masas populares (con su cultura y sus aspiraciones) a través de la lucha. El grado de esa identificación depende de la forma o formas de lucha, así como del contenido ideológico del movimiento y del nivel de conciencia moral y política de cada individuo.

El problema principal del movimiento de liberación es identificar, de una parte, a la pequeña burguesía nativa con las masas populares; ésto

una identificación en el plano sociológico, en cuanto que dos seres o mas, sociológicamente idénticos, no tienen necesariamente identidad semejante en el plano biológico.

Este hecho revela por una parte, la supremacía de la vida social sobre la vida individual, porque las sociedades (humanas por ejemplo) tienen una forma de vida superior, por otra, sugiere la necesidad de no confundir en la apreciación de identidad, o sea, la identidad original, en la cual lo biológico es elemento determinante principal, con la identidad posterior o actual, en donde la determinación fundamental es el elemento sociocultural.

Para conocer la identidad cultural, es evidente la necesidad de tomar en consideración un momento específico y concreto de la evolución del ser (sea individual o colectivo). Pero esta identidad posterior a o actual, ha de ser analizada en base a su identidad original (o biológica), de lo contrario, será incompleta, parcial e imbuída de prejuicios, considerando que desconoce o ignora la influencia decisiva de la realidad social intergral (material y espiritual), sobre el contenido y la forma de identidad.

En la formación y desarrollo de la identidad individual o colectiva, la realidad social es un agente objetivo, resultante de factores económicos, políticos, sociales y culturales que caracterizan la evolución o la historia de la sociedad en cuestión. Si consideramos que entre esos factores, lo económico es fundamental, afirmaremos entonces, que la identidad es de cierta manera la expresión de una realidad económica, misma que es definida — sean cuales fueren los medios geográficos y la vía del desarrollo de esa sociedad — por el nivel de las fuerzas productivas (relaciones entre el hombre y la naturaleza) por el modo de producción (relaciones entre los hombres y las diferentes categorías de hombres en el seno de la misma sociedad). Aun más, si admitimos que la cultura expresa las relaciones tanto entre el hombre con la naturaleza como entre las diferentes categorías de hombres en el seno de una misma sociedad, podemos afirmar que una identidad es a nivel individual o colectivo, algo más trascendente que la relación puramente económica: es la expresión de la cultura. Es así que atribuir, reconocer o afirmar la identidad individual o grupal es, por encima de todo, situar al individuo o grupo inmerso en el ámbito de una cultura. Sabemos que en todas las sociedades, la base principal de la cultura es la estructura social. Por lo tanto, parece lícito concluir que las posibilidades de un determinado grupo humano para preservar (o perder) su identidad frente a la situación resultante del dominio extranjero, depende del grado de erosión o destrucción verificadas en su propia estructura social por la dominación extranjera.

En cuanto a la acción y los efectos del dominio imperialista sobre

presupone una condición esencial: *que, contra y a pesar de la acción destructiva del dominio imperialista, las masas populares preserven su identidad*, diferente de la potencia colonial. Por lo anterior es interesante determinar en qué casos esta preservación es posible; por qué, cuando y a qué niveles de la sociedad dominada, aparece el problema de la pérdida o ausencia de identidad cultural y, por lo tanto, la necesidad de afirmar o reafirmar, en el ámbito del movimiento de liberación (preindependencia), una identidad distinta dentro de los marcos culturales de la potencia colonial.

La potencia de un individuo o de un determinado grupo humano es una cualidad biosociológica, independientemente de la voluntad de ese individuo o del grupo en cuestión. Aun más, solo tiene significado al expresarse en relación a otros individuos o conjuntos sociales. La naturaleza dialéctica de la identidad cultural reside en el hecho que ella identifica y distingue por qué un individuo (o grupo de individuos) nunca es idéntico a determinados individuos (o grupos) y se ha diferenciado por ser distinto a otros individuos (o grupos sociales). La definición de identidad individual o colectiva es, por lo tanto, simultáneamente afirmación y negación de un determinado número de características que definen individuos o colectividades en función de coordenadas históricas (biológicas y sociológicas — en el determinado momento de su evolución. Así, en efecto, la identidad cultural nunca es una cualidad inmutable, pues precisamente, los rasgos biológicos y sociológicos que la definen están en evolución y cambios permanentes. Ya sea biológica o sociológicamente, no existen al mismo tiempo dos seres (individuales o colectivos) absolutamente idénticos o bien, absolutamente distintos, pues es factible siempre, encontrar características que los distinguan o los identifiquen al mismo tiempo. Así, la identidad de un ser social es siempre una cualidad relativa, nunca exacta y por lo mismo circunstancial, pues su definición exige una selección más o menos rigurosa o restrictiva tanto de sus características biológicas como de las sociológicas del ser aludido.

Es preciso resaltar que, en el binomio fundamental para definir la identidad, lo sociológico (o sociocultural) es aún más determinante que lo biológico. En efecto, ciertamente el elemento biológico (o patrimonio genético) es la base material indispensable para la existencia y continuidad evolutiva de su identidad. Sin embargo, es un hecho trascendente que el factor sociológico (cultural) es elemento definitorio escultor de forma y contenido, imprimiéndole significado objetivo a esa cualidad, y permite por ello, la confrontación o su comparación entre individuos o grupos de individuos.

Para una definición integral de identidad cultural, la sola caracterización del elemento biológico es indispensable, más no implica por ello,

la estructura social del pueblo dominado, interesa considerar aquí el caso del colonialismo clásico, en el cual, el movimiento de preindependencia es la respuesta de esa situación. En ese caso, sea cual fuere el grado de desarrollo histórico de la sociedad dominada, su estructura social puede sufrir los siguientes efectos:

- a) La destrucción total, con la aniquilación inmediata o progresiva de la población indígena y la substitución consecuente por una población (alógena) o foránea.
- b) Destrucción parcial, con asentamiento de una población extranjera más o menos numerosa.
- c) Conservación aparente, condicionada por la reclusión de la sociedad autóctona en zonas geográficas de reservas propias, generalmente desprovistas de posibilidades de vida con implantación masiva de población alógena.

La experiencia del dominio imperialista demuestra que la destrucción completa de la estructura social, que implica la pérdida de identidad, sólo es posible con la liquidación total de la población indígena o por la reducción de la población a un mínimo social y cultural. En contrapartida, en los dos últimos casos, que son los adecuados a considerar para África, donde han tenido posibilidades de preservar su cultura, y por lo tanto su identidad, su estructura social ha sufrido, asimismo destrucción parcial importante. Como es natural, esta posibilidad es variable, ya sea por los diferentes tipos de penetración como por la duración del coloniaje. Por lo tanto, podemos afirmar en el dominio político, la explotación económica y la represión cultural practicadas por la potencia colonial provocaron una "cristalización" de la cultura y una "sobrestimación de la identidad" por parte de los grupos dominados y oprimidos, como resultado de haberse bloqueado su proceso histórico por la opresión imperialista.

El carácter fundamentalmente horizontal de la estructuración social en los pueblos africanos —multiplicidad o profusión de grupos étnicos— hizo que su resistencia cultural y el grado de preservación de su identidad cultural no fueron uniformes.

De esta manera, si es un hecho que los grupos étnicos consiguieron en este proceso general preservar su identidad, no existió pérdida de esa cualidad social. Así se verifica que los grupos más resistentes son aquellos que tuvieron más choques violentos en la fase de ocupación efectiva,³ sucede igual con aquellos grupos que debido a su localización geográfica tuvieron menos contactos con la potencia extranjera.⁴

3. En nuestro país, es el caso de los Manjacos, Papels, Oincas, Balantes y de los Bafados.
4. Es el caso de los Pajadincas y otras minorías del interior.

Conviene resaltar que la potencia colonial distorsiona, de manera insoluble, una contradicción en su comportamiento frente a los grupos étnicos; por una parte, tienen necesidad de dividir para dominar, y por ello mismo, provocan y fomentan una separación y querellas interétnicas. De otra parte, como intento de garantizar su dominio a perpetuidad, les precisa destruir la estructura social de esos grupos, su cultura y por lo tanto su identidad. Asimismo, está forzada a optar por una política de protección ante la estructura social y en defensa de las clases dirigentes de los grupos (como, por ejemplo, la etnia de la nación fula en nuestro país) para conseguir apoyo decisivo en sus guerras de conquista colonial y política, aunque así favorece la preservación de identidad en el grupo.

Ya dijimos que, de manera general, no se verifican modificaciones importantes referentes a la cultura en la vertical de la pirámide o pirámides sociales indígenas (grupos o sociedades similares a Estado). Ahí, cada estrato o clase mantiene su identidad, tanto en los centros urbanos como en algunas zonas del interior del país, donde la influencia cultural colonialista es sensible y el problema de identidad es más complejo. En cuanto a los polos de la pirámide social, es decir la base y la cúspide (respectivamente, la mayoría de las masas populares trabajadoras, constituida por individuos de étnias diferentes, y la clase extranjera dominante), éstas mantienen sus identidades. Mientras que en la zona central de esa pirámide la pequeña burguesía autóctona, culturalmente desenraizada, alienada o más o menos asimilada, se debate en su propio conflicto socio-cultural, procurando encontrar una identidad real.

Es preciso poner énfasis en que la clase dominante extranjera, a pesar de estar ligada a una nueva identidad —la de la potencia colonial— no consigue liberarse de las contradicciones y límites de su propia sociedad, que transfiere hacia el área de colonización.

Cuando por acción de una minoría de la pequeña burguesía autóctona, aliada a las masas populares indígenas, se desencadena el movimiento de preindependencia, esas masas no tienen ninguna necesidad de afirmar su identidad, que nunca confundirán, ni podrían confundir con la de la potencia colonial. Esa necesidad surge solo a nivel de la pequeña burguesía autóctona (élites) en esta fase de la evolución de las contradicciones del proceso colonizador; entonces es forzada a tomar posición frente al conflicto que oponen las masas populares a la potencia colonial.

Por tanto, en los casos de necesidad de indentificación cultural, la reafirmación de una identidad distinta a la de la potencia colonial no es un hecho generalizado como sucede en el núcleo pequeñoburgués. Sólo una minoría refuerza esa diferencia, en tanto que otra afirma, muchas

se enfrenta y líquida al dominio extranjero. Esa resistencia es larga, prolongada y multiforme; sólo es posible porque, preservando su cultura e identidad, las masas populares mantienen intacto el sentimiento de dignidad individual y colectivo a pesar de los vejámenes, humillaciones y sadismo de que tan frecuentemente son víctimas. Esto es aún más verdadero si se tiene en cuenta que los individuos o las categorías sociales dispuestas "voluntariamente" al servicio de la potencia colonial, actúan consciente o inconscientemente en beneficio de los intereses de grupos o de las clases contrarias a los de la abrumadora mayoría de las masas populares.

La afirmación o reafirmación de una identidad distinta a la de la potencia colonial por parte de la pequeña burguesía autóctona contribuye, por lo tanto, únicamente a lograr un sentimiento de dignidad a esa misma categoría social. Aun en ese plano es conveniente observar el sentimiento de dignidad en el seno de la pequeña burguesía, que depende del compartamiento objetivo, moral y social de cada individuo, del grado de subjetividad y de su actitud frente a los dos polos del conflicto colonial, entre los cuales está obligado a vivir el drama cotidiano de la colonización. Este drama es tanto más intenso por ser un hecho que, en el ámbito profesional de la pequeña burguesía, en el desempeño de sus funciones, es forzado a una confrontación permanente, tanto con la clase extranjera dominante como con las masas populares. Esta situación se provoca, por un lado, que el elemento pequeñoburgués sea blanco de frecuente humillaciones, casi cotidianas, de parte de los extranjeros y, que por otro lado, tome nítida conciencia, tanto de las injusticias a que están sujetas las masas populares, como de su resistencia y espíritu de combatividad. De ahí deriva esta paradoja aparente como respuesta al dominio colonial: es en el núcleo de la pequeña burguesía autóctona, como categoría social nacida de la propia colonización controlando donde surgen las primeras iniciativas orientadas a buscar un objetivo, la movilización organizada de las masas populares para la lucha contra la potencia colonial.

Esa lucha, a través de todas las vicisitudes y sea cual fueren las formas que asuma, refleja la toma de conciencia inspirada en la propia identidad, generaliza y consolida el sentimiento de dignidad, reforzado por el desarrollo de la conciencia política, y extrae de la cultura o culturas de las masas populares en rebelión una de sus fuerzas principales.

Una apreciación ponderada del papel de la cultura en el movimiento de preindependencia o de liberación requiere una distinción precisa entre cultura y manifestaciones culturales. La cultura es la síntesis dinámica, en el plano de la conciencia individual o colectiva, de la realidad histórica, material y espiritual de una sociedad o de un grupo humano, sin-

veces en actitud aparatosa, su identificación con la clase extranjera dominante, y la mayoría silenciosa, se debate en la indecisión. Importa enfatizar que, aun en el centro mismo de la potencia colonial y por tanto, idéntica a la de las masas populares, esa reafirmación no siempre se realiza de igual manera. Parte de esa minoría, integrada al movimiento preindependentista, utiliza expresiones culturales extranjeras para expresarse recurriendo sobre todo al arte y la literatura, no tanto al descubrimiento de su identidad como las aspiraciones y sufrimientos de las masas populares que le sirven de tema. Pero como utilizan para esta expresión la lengua de la potencia colonial, sólo excepcionalmente consigue influenciar a las masas populares, generalmente iletradas y sin embargo, no hace disminuir el valor de la contribución de esa minoría pequeñaburguesa en el proceso del desarrollo de la lucha, pues continúa influyendo en la reafirmación de su identidad, tanto a una parte de la masa indecisa y retardataria de su propia categoría social, como a un sector importante de la opinión pública de la metrópoli colonial, principalmente intelectual.

Otra parte de la pequeña burguesía, que se compromete *ab initio* en el movimiento de preindependencia, descubre en la participación inmediata en la lucha de liberación y en la integración a las masas populares, la mejor forma de expresar una identidad diferente a la del colonialista. Por ello, la identificación con las masas populares y la reafirmación de la entidad frente a los esfuerzos exigidos por la propia lucha puede ser temporal o definitiva, o tal vez aparente o real, al ser una expresión política organizada, y también, necesariamente, una prueba más de identidad y dignidad.

Las masas populares, durante el proceso de dominio colonialista, sean cual fueren las características de la estructura social del grupo al que pertenecen, no cesan en su resistencia a la potencia colonial. En una primera fase, —la de la conquista, cínicamente denominada de "pacificación"— resisten las armas en la mano contra la ocupación extranjera. En una segunda fase, —la edad de oro del colonialismo triunfante— operan al dominio extranjero una resistencia pasiva, casi silenciosa, pero muchas veces sembrada de rebeldías generalmente individuales y eventualmente colectivas, especialmente en el ámbito laboral, motivadas por el pago de impuestos o incluso en el contacto social con los representantes de la potencia colonial, ya sean extranjeros o autóctonos. En una tercera fase —la lucha de liberación— son las masas populares las que constituyen la fuerza principal para la resistencia política o armada que

tesis que abarca tanto las relaciones entre los hombres como entre las categorías sociales. Por su parte, las manifestaciones culturales son las diferentes formas que expresan en síntesis, individual y colectivamente, cada etapa de la evolución de la sociedad o del grupo humano en cuestión.

Comprobamos, según esto, que la cultura es el fundamento mismo del movimiento de liberación, y que sólo pueden movilizarse, organizarse y luchar contra la dominación extranjera aquellas sociedades que logran preservar su cultura. Esto, cualesquiera que sean las características ideológicas o idealistas de su expresión, es un factor esencial del proceso histórico. En ella reside la capacidad para elaborar o fecundar elementos que aseguran la continuidad de la historia y, al mismo tiempo, determinan las posibilidades de progreso o de regresión de la sociedad.

Podemos, de esta manera, comprender que en la medida en que el dominio imperialista es la negación del proceso histórico de la sociedad dominada, también ha de ser, por fuerza, la negación de su proceso cultural. Por ello, y porque toda sociedad que se libera verdaderamente del yugo extranjero, toma nuevamente los caminos ascendentes de su propia cultura, la lucha por la liberación, es ante todo, un acto cultural.

La lucha de liberación es un hecho esencialmente político. Por consiguiente, sólo cabe utilizar métodos políticos a lo largo de su desarrollo (incluyendo el uso de la violencia para liquidar la violencia armada del dominio imperialista). La cultura no es ni puede ser simplemente arma o método de movilización de grupo contra la dominación extranjera. La cultura es mucho más que eso. En efecto, la elección de la estructuración y el desarrollo de los métodos más adecuados para la lucha se fundan en el conocimiento concreto de la realidad local y particularmente de la realidad cultural.

De ahí que, para el movimiento de liberación, sea imprescindible conceder primordial importancia no sólo a las características generales de la cultura de la sociedad dominada, sino también a las de cada categoría social. Porque la cultura, aunque tenga carácter de masas, no es uniforme ni se desarrolla de una manera igual en todos los sectores, horizontales o verticales, de la sociedad.

La actitud y el comportamiento de cada categoría o de cada individuo respecto a la lucha y su desarrollo dependen sin duda de sus intereses económicos, pero también están profundamente influidos por su cultura. Puede incluso afirmarse que lo que explica las diferencias de comportamiento en los individuos de una misma categoría social, respecto del movimiento de liberación, es la existencia dentro de tal categoría de diferentes niveles de cultura.

En este plano es donde la cultura adquiere todo su significado para cada individuo: integración en su medio social, identificación con los

problemas fundamentales y las aspiraciones de la sociedad, aceptación o negación de la posibilidad de transformación en el sentido del progreso.

En la multiplicidad de categorías sociales, especialmente de etnias, es evidente que se torna más complicada la definición del papel de la cultura en el movimiento de liberación. Sin embargo, esa complejidad no debe disminuir la importancia decisiva en el desarrollo del movimiento liberador, ni el carácter de clase en la cultura, mucho más sensible aún en las categorías urbanas y en las sociedades rurales de estructura vertical (Estado). Asimismo, no debe ser tomada en consideración en aquellos casos donde el fenómeno de clase surge aún en estado embrionario. La experiencia demuestra que ante la imperiosa necesidad de una opción política exigida como respuesta ante el dominio extranjero, las categorías privilegiadas, en su gran mayoría, colocan sus intereses de clase inmediatos por encima de los intereses de grupo o sociedad, contra las aspiraciones de las masas populares.

En una apreciación correcta del papel de la cultura en el proceso liberador, es conveniente esclarecer que la cultura, como resultante y determinante de la historia, transmite elementos esenciales y secundarios, fuerzas y flaquezas, virtudes y defectos, aspectos positivos, factores de progreso y estancamiento así como de regresión, en suma, contradicciones y conflictos. Pero sea cual fuere la complejidad de ese panorama cultural, el movimiento libertador tiene necesidad de localizar y definir los rasgos contradictorios para preservar valores positivos, efectuar una emulación y confluencia de estos valores en el sentido de lucha y en el ámbito de una nueva dimensión, la dimensión nacional. Es preciso poner énfasis en que en el transcurso de la lucha, la complejidad e importancia de los problemas culturales brotan en toda su amplitud, lo que obliga a corregir, orientar y hacer adaptaciones sucesivas en la estrategia y tácticas, en función de esa realidad, que sólo la lucha es capaz de revelar. Únicamente durante el transcurso de la lucha, ésta manifiesta cómo y en qué medida la cultura es fuente inagotable de coraje, de recursos materiales y morales, de energía física y psíquica para las masas populares, así como también sobre determinados aspectos en los obstáculos y dificultades en concepciones erróneas de la realidad, desvíos en el cumplimiento del deber y limitaciones en el ritmo y eficacia de la lucha imperante, con exigencias políticas, técnicas y científicas que ella impone.

Todo eso implica una permanente confrontación, tanto entre los diferentes elementos de la cultura, como entre las exigencias de la lucha. Esto es, se desarrolla una acción recíproca entre la cultura y la lucha. La cultura, base y fuente de inspiración en la lucha, refleja esta acción interrecíproca en forma más o menos evidente, sea cual fuere la evolución del comportamiento de las categorías sociales y de los individuos, y cualquiera sea el desarrollo de la propia lucha. Así, tanto los dirigen-

tes del movimiento de liberación, en su mayor parte originarios de centros urbanos (pequeña burguesía y trabajadores asalariados), como los sectores de masas populares (cuya aplastante mayoría está compuesta por campesinos) mejoraran su nivel cultural: mejor conocimiento de la realidad de su país, liberación de complejos y prejuicios de clase amplia-ción del universo en el cual conviven, destrucción de las etnias, reforzamiento de la conciencia política y su integración al país y al mundo.

Cualquiera que sea su forma, la lucha exige la movilización y la organización de una significativa mayoría de la población, la unidad política y moral de las diversas categorías sociales, la liquidación progresiva de los vestigios de mentalidad tribal y feudal, el rechazo de las reglas y los tabúes sociales y religiosos incompatibles con el carácter racional del movimiento liberador, y muchas otras modificaciones profundas en la vida de las poblaciones.

Esto es tanto más cierto cuanto que la dinámica de la lucha exige la práctica de la democracia, de la crítica y la autocrítica, la creciente participación de las poblaciones en la gestión de su propia vida, la alfabetización, la creación de escuelas y servicios sanitarios, la formación de "cuadros" extraídos de los medios campesinos y obreros, y tantas otras realizaciones que implican una gran aceleración del progreso cultural de la sociedad. Todo esto pone de manifiesto que la lucha por la liberación no es sólo un hecho cultural, sino también un factor de cultura.

En el seno de la sociedad indígena, las influencias de la lucha se reflejan en los resultados multilaterales de las realizaciones antes mencionadas así como en el desarrollo de la conciencia nacional. En la acción confluente del movimiento liberador, el plano cultural conduce a la creación de una lenta pero más sólida unidad de naturaleza simbólica, correspondiente a la unidad moral y política necesaria a la dinámica de la lucha. Con la ruptura del hermetismo de grupo, la agresividad del carácter racial (tribal o étnico) tiende a desaparecer progresivamente para dar lugar al entendimiento, comprensión, solidaridad, unidos e identificados en la lucha por un destino común frente al dominio extranjero. Sentimientos que las masas populares asumen fácilmente si es que el oportunismo político, característico de los estratos sociales intermedios, no viene a perturbar ese proceso. Asimismo, se constata un refuerzo de la identidad del grupo al cual corresponde un agudizamiento de la dignidad. Esos factores en nada interrumpen la estructuración y el movimiento del conjunto social en el sentido de avance armonioso y en función dinámica de las nuevas coordenadas históricas —con dimensión nacional— de las que solamente una acción política intensa y eficaz, elemento esencial de lucha puede definir su trayectoria y los límites, y garantizar su continuidad.

Entre los representantes de la potencia colonial y en la opinión pública de la metrópoli, la lucha de la liberación comienza produciendo un sentimiento general de asombro, de sorpresa y de incredulidad. Una vez superado este sentimiento, que es el fruto de prejuicios o de la sistemática deformación que caracteriza la información colonialista, las reacciones varían según los intereses, las opiniones políticas y el grado de cristalización de una mentalidad colonialista o racista en las diversas categorías sociales e incluso en los individuos. Los progresos de la lucha y los sacrificios impuestos por la necesidad de ejercer una represión política o militar, provoca en la opinión pública de la metrópoli una escisión, que se traduce en la cristalización de actitudes diferentes, cuando no divergentes, y en el surgimiento de nuevas contradicciones políticas y sociales.

A partir del momento en que la lucha se impone como un hecho irreversible, y por muy grandes que sean los medios utilizados para yugularla se produce un cambio cualitativo en la opinión metropolitana que en su mayoría, va aceptando progresivamente la independencia de la colonia como un hecho posible e incluso inevitable. Un cambio como éste expresa el reconocimiento, consciente o no, de que el pueblo colonizado y en lucha posee una identidad y una cultura propias.

Esto se produce pese a que una minoría activa, aherada a sus intereses y prejuicios, sigue negándose durante todo el conflicto a reconocer el derecho del pueblo colonizado a la independencia y a aceptar la equivalencia de las culturas que ese derecho presupone. Sin embargo, esta equivalencia, en una etapa decisiva del conflicto, es reconocida implícitamente e incluso aceptada por la potencia colonial cuando, como objeto de desviar la lucha de sus objetivos, aplica una política demagógica de "promoción económica y social", de "desarrollo cultural", basada en la propia personalidad del pueblo colonizado, recurriendo en el plano político a nuevas modalidades de dominio.

En efecto, el neocolonialismo es, ante todo, la continuación de la dominación imperialista bajo una forma distrajada por una dirección política autóctona. También es el reconocimiento tácito por parte de la potencia colonial de que el pueblo al que domina y explota posee su propia identidad, la cual exige, para la satisfacción de una necesidad cultural, una dirección política propia, que aceptando la existencia de una identidad y una cultura del pueblo colonizado y, por consiguiente, su inalienable derecho a la autodeterminación y a la independencia, la opinión de la metrópoli (o, cuando menos, una parte importante de la misma), lleva a cabo un significativo progreso de orden cultural, puesto que se libera de un elemento negativo de su propia cultura: el prejuicio de la supremacía de la nación colonizadora sobre la nación colonizada. Este progreso puede tener importantes y hasta trascendentales consecuencias en

la evolución política de la potencia imperialista o colonial o aun en la lucha de los pueblos contra el dominio actual, como la prueban algunos hechos recientes.

Ciertas afinidades genéticomasomáticas y culturales existentes entre distintos grupos humanos de uno o varios continentes, así como una situación más o menos semejante respecto del dominio colonial y racista, han desembocado en la formulación de teorías y la creación de "movimientos" inspirados en la hipótesis de la existencia de culturas raciales o continentales. Sin pretender minimizar la importancia de tales teorías y "movimientos" que, fructifiquen o no, hay que aceptarlos como tentativas de búsqueda de una identidad y como medios de impugnación de la dominación extranjera. Podemos. Sin embargo, afirmar que análisis objetivo de la realidad cultural conduce a negar la existencia de culturas raciales o continentales.

Ante todo porque la cultura, como la historia, es un fenómeno de expansión e íntimamente ligado a la realidad económica y social del medio, al nivel de las fuerzas productivas y al modo de producción de la sociedad que la ha creado. En segundo lugar, y no menos importante, porque el desarrollo de la cultura se produce en forma desigual, lo mismo en un continente que en una "raza" e, incluso, en una sociedad. Efectivamente, las coordenadas de la cultura, como las de todo fenómeno en desarrollo, varían en el espacio y en el tiempo, tanto en sentido material (espacio y tiempo físicos) como humano (biológicos y sociológicos).

Por esa causa, la cultura —creación de la sociedad y síntesis de los equilibrios y soluciones que engendra para resolver los conflictos que la caracterizan en cada fase de la historia— es una realidad social independiente de la voluntad de los hombres, del color de su piel, de la forma de sus ojos o de los límites geográficos de cada país.

Una apreciación correcta de la importancia de la cultura en el movimiento liberador, debe exigir que sean tomadas globalmente en consideración sus relaciones internas, los factores que la definen, así como refutar la aceptación ciega de valores culturales, sin discernir lo que puedan tener de negativo, reaccionario o regresivo. Debe evitar cualquier confusión entre el significado de una realidad histórica material y lo que parece ser una creación del espíritu, separada de esa realidad, o el resultado de una naturaleza específica, pudiendo establecer conexión absurda entre la creación artística, válida o no, y las pretendidas características psíquicas o somáticas de una llamada "raza".

Para que la cultura desempeñe convenientemente el papel que le compete en el movimiento de liberación, las condiciones mencionadas anteriormente son tanto más necesarias cuanto precisos fueren los objetivos definidos por la cultura, en la vía hacia la conquista del derecho del pueblo que representa y dirige, a forjar y poseer su propia historia y

disponer libremente de sus fuerzas productivas para, de esta manera, posibilitar el desarrollo ulterior de una cultura más rica, popular, nacional, científica y universal.

La lucha de liberación nacional es la más compleja expresión del vigor cultural del pueblo que representa, de su identidad y dignidad. Es un proceso de enriquecimiento cultural creativo de nuevas vías para su desarrollo. Las manifestaciones culturales remozan su contenido, precoran otras formas de expresión, tornándose así en poderoso instrumento de información y formación política. Por ello, no sólo es trascendente en la lucha por la independencia, sino que también es primordial en la batalla del progreso revolucionario de los pueblos.

BIBLIOGRAFIA

- André Beteille, "Race, caste et identité ethnique" *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 1971, vol. XXIII, núm. 4, pp. 551-569.
- Pierre L. van den Berghe, "L'ethnicité en Afrique", *Ibid.*, pp. 539-550.
- Amílcar Cabral "Revolution in Guinea", *Monthly Review Press* Nova Lorque, 1969. National Liberation and Culture Occasional Paper-Universidade de Syracuse, 1970.
- Basil Davidson, *The African Genius*, editado por Little Brown & Co. Boston, Toronto, 1969.
- Lèo Kuper. "Le changement d'ordre politique dans les sociétés pluralistes, problèmes posés par le pluralisme racial" *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 1971, vol. XXIII, núm. 4, pp. 632-645.

